



«Georges Pompidou había conseguido instalar en la "cumbre" del Estado una especie de "diarquía". Lejos de ser la simple emanación del Presidente de la República, había atrapado entre sus manos la realidad del poder interior». En la foto, ante la tumba del soldado desconocido, con De Gaulle.

POMPIDOU

LA CONTRARREVOLUCION DEVORA A SUS HIJOS

POR CLAUDE KRIEFF

«N O se trata de dominar la victoria, sino de explotarla». Este comentario del general De Gaulle en el Consejo de ministros definía una estrategia, al tiempo que condenaba a su primer ministro. Antes de abandonar definitivamente el hotel Matignon, Pompidou recibía una lección que no ha cesado de meditar y que le hará aún más temible para sus adversarios, como para sus amigos, si un día vuelve al poder.

¿Explotar la victoria? El general De Gaulle lo hace con prudencia, pero también con una fría determinación. El coronel de blindados surge de nuevo bajo el hombre de Estado. Confiscando para su solo provecho a la mayoría U. D. R. (Unión para la Defensa de la República), elimina a un primer ministro que iba adquiriendo la talla de un rival y que podía paralizar, desde dentro, la realización de la gran idea de fines del «reinado»: la «descolonización interior». Sobre este punto, De Gaulle tiene intención de «ahondar»: el referéndum sobre la participación se celebrará antes de que termine el verano, el 22 de septiembre, por ejemplo.

De hecho, Georges Pompidou había conseguido instalar en la «cumbre» del Estado una especie de «diarquía». Lejos de ser la simple emanación del presidente de la República, el primer ministro, jefe de la mayoría parlamentaria, ha-

bía atrapado entre sus manos la realidad del poder interior, a la vez que adquiría un peso político específico. Esto habla elocuentemente de las cualidades y capacidades de Georges Pompidou.

Un éxito molesto

¿Qué camino el recorrido en seis años y tres meses! Sus comienzos en el Gobierno habían sido los de un director de gabinete. Pero semana tras semana, mes tras mes, iba aprendiendo a mostrarse en público, a expresarse políticamente, a seguir la marcha de un asunto, a controlar la génesis de una decisión, a dominar al «partido». El resto lo hizo su prodigiosa capacidad de trabajo y de asimilación, su agudo sentido de la maniobra y el simultáneo desarrollo de su voluntad de poder. Sin duda alguna, Georges Pompidou es hoy en día el hombre que mejor conoce los problemas franceses.

Durante mucho tiempo, De Gaulle no se preocupó de este excepcional éxito: después de todo, le servía, le descargaba de las tareas interiores, en tanto que él dedicaba lo esencial de su tiempo a las grandes maniobras diplomáticas, al gran proyecto planetario, a la realización de una Europa tal como él la concebía. Empezó a sentirse ensombrecido con ocasión de la elección presidencial. Reservado, como siempre, De

Gaulle dejó planear la duda acerca de su candidatura.

Por el contrario, Pompidou, sin duda menos experimentado que hoy, se descubrió. En los círculos gubernamentales nadie ignoraba que ardía en deseos de presentarse. El «sucesor» pujaba bajo el primer ministro. Parece ser que desde entonces De Gaulle decidió desembarazarse de él a la primera ocasión. Luego vino el «ballottage», y el golpe real que De Gaulle encajó. Estuvo a punto de abandonarlo todo aquel día 5 de diciembre de 1965. Una semana después su triunfo sobre Mitterrand era demasiado escaso como para dejarle las manos libres.

Así, pues, conservó a Pompidou, renunció a toda tentación de disolver la Asamblea Nacional, y se llegó a las elecciones legislativas de marzo del 67. Pero, entre tanto, Pompidou había comprendido. Estaba alarmado por la violencia de los ataques que le hacía la izquierda gaullista, encabezada por Louis Vallon y René Capitant. Estos hombres, que reprochaban al primer ministro su política económica y social conservadora, hablaban con el consentimiento de De Gaulle, a veces alentados incluso por él.

Ya, en aquel momento, estaba en la fragua un segundo «hierro»: Maurice Couve de Murville. Nadie ignoraba las entrevistas personales que concedía De Gaulle cada viernes a su ministro de Asuntos

Exteriores. Y nadie ignoraba que ambos hombres abordaban todos los problemas de actualidad. Todos cuantos se negaban a ver el final del gaullismo como un gran conglomerado conservador, dirigido por Pompidou, esperaban ya a Couve. Y De Gaulle, personalmente, le había dado esta esperanza.

Arreglos a medias

Georges Pompidou comprendió que sería reemplazado cuando Couve de Murville se presentó ante los electores, por vez primera en su vida, en marzo de 1967. El ministro de Asuntos Exteriores fue derrotado en el distrito VII de París. Algunos gaullistas dijeron entonces que Couve había caído en una diabólica trampa tendida por el primer ministro: había diez circunscripciones más «seguras» que la que el «comité de enlace», presidido por Pompidou, le asignó a Couve de Murville. Algunos miembros del gabinete de este último dijeron más: acusaron al primer ministro de haber preparado la derrota de Couve. Por supuesto, nadie pudo aportar pruebas.

Pero el resultado estaba allí. Además, los gaullistas sólo conseguían una mayoría de un voto en la Asamblea. La izquierda unida iba viento en popa. De Gaulle se sintió paralizado y resignado. Georges Pompidou salvaba su

«El general De Gaulle se sentía impotente, en el plano interior, y se consolaba con Couve de Murville en política exterior. Se resignaba ante Pompidou, y éste se sintió quizá demasiado pronto dueño de la situación».



Maurice Couve de Murville, fotografiado en el banco ministerial de la Asamblea, antes de conocer su nombramiento de primer ministro. El aristocrático jugador de golf, tendrá que volcarse sobre la «participación».

puesto una vez más, y lograba imponerse de modo espectacular al partido gaullista, obteniendo de De Gaulle poderse proclamar el «patrón». De Gaulle estaba a la defensiva en toda la línea.

Esta es la situación que hay que conocer para comprender el licenciamiento de Pompidou. Durante meses, el poder real de De Gaulle se ha ido encogiendo como piel de zapa. Un segundo «cocodrilo macho» crecía en las aguas del Elíseo, siendo así que, como lo enseña el proverbio africano, «en el mismo remanso no caben dos cocodrilos machos». Empezaban a surgir nubarrones entre el palacio del Elíseo y el hotel Matignon. Dentro del sutil juego de la vieja amistad y de la pura relación de fuerzas tras el poder real, muchos «choques» se arreglaron a medias. De hecho, el general De Gaulle se sentía impotente en el plano interior y se consolaba con Maurice Couve de Murville en política exterior. Se resignaba ante Georges Pompidou. Este último se sintió, quizá demasiado pronto, dueño de la situación.

«Aguantad, que voy...»

Llegaron los acontecimientos de mayo. La primera gravedad la alcanzaron estando Pompidou ausente: visitaba Irán y Afganistán. En tanto que Alain Peyrefitte, Louis Joxe y Christian Fouchet se debatían con los estudiantes, Georges Pompidou comunicaba: «Aguantad; no cedáis, llego en seguida». Llegó... y cedió en todo. «Hizo liberar» —según la frase que no le han perdonado los magistrados— a los estudiantes encarcelados. Las fuerzas del

orden se sintieron desaprobadas. Fueron ocupados la Sorbona y, más tarde, el Odeón. Podían haberlo sido otros muchos edificios, incluido el palacio del Elíseo.

Georges Pompidou adoptó la postura de «espaldas anchas». Se sintió gravemente amenazado cuando algunos gaullistas —René Capitant en cabeza— sugirieron votar la moción de censura depositada por la izquierda —lo que le desaprobaba personalmente— e ir a las elecciones. De regreso de Rumania —con algunas horas de adelanto—, el general De Gaulle está dispuesto, desde el lunes 20 de mayo, a adelantar su discurso, previsto para el 24, y —según afirman algunos de sus íntimos— hacer una declaración «revolucionaria». Georges Pompidou le disuade. Igual que tratará de hacerle abandonar la idea del referéndum, durante una tormentosa entrevista celebrada el viernes 24 de mayo.

La culebra Capitant

Desde entonces, las relaciones entre los dos hombres se hacen execrables. Se afrontan dos movimientos divergentes. Uno es una «fronda» de los ministros, o al menos de gran número de ellos, contra el primer ministro. Esta «fronda» se ha mantenido hasta ahora en secreto. El segundo movimiento, opuesto, está encabezado por algunos barones y seguidores pasados al campo de Pompidou, que no ven otra salida que la retirada del «viejo». Esto herirá profundamente a De Gaulle, y no lo perdonará.

Se irá a Baden-Baden sin decirle una palabra a su primer ministro. ¿Es la retirada

definitiva? Durante cerca de veinticuatro horas, Pompidou no sabrá nada. El 30 de mayo, el mensaje radiodifundido de De Gaulle invierte la situación. Pompidou sigue estando «en el barco», y se apunta ciertos tantos eliminando a Christian Fouchet y a Louis Joxe, aprovechando el cambio ministerial.

Pero se tiene que tragar una «culebra»: de su propio puño, De Gaulle añade a la lista de los nuevos ministros el nombre de René Capitant. La máquina hace «¡tilt!». Es la alarma. Pero hay que ganar las elecciones. En ellas, Georges Pompidou se apunta nuevos tantos. Demasiados tantos. Sus intervenciones televisadas «resultan». Entre las dos vueltas, impone la estrategia de «discreción» y de «movilización», tendente a evitar los errores de marzo del 67: es decir, un movimiento de reflujo de los electores. Y es el triunfo.

Y es, también, su error. Con ochenta diputados menos, De Gaulle estaría cogido, cogido entre Valéry Giscard d'Estaing y el aparato del partido. Pompidou hubiera parecido indispensable. Los primeros rumores serios sobre la sustitución de Pompidou empiezan a circular entre las dos vueltas. Por supuesto, no se habla de «licenciamiento», sino de «promoción». Verdades y mentiras mezcladas.

La verdad es que De Gaulle quiere intentar, por fin, liberarse de su primer ministro. La verdad es también que Pompidou está agotado por las noches de trabajo y de preocupaciones. Supone que «tomar distancias» no equivale necesariamente a una desgracia. De Gaulle deja que se hable. Necesita sondear las

reacciones ante esos rumores, multiplicar las consultas para saber si puede atreverse sin grave peligro.

El pueblo y lo demás

De Gaulle ha preguntado ya a Couve de Murville, entre las dos vueltas, si puede contar con él para el puesto de primer ministro. Quiere un gobierno de grandes «comms», un verdadero gabinete del Presidente de la República, un auténtico «consejo del Rey», que ya no sea un reflejo de las fuerzas políticas que se codean en la Asamblea. La filosofía del régimen se precisa aún más. A un lado está el pueblo, que elige al presidente para una política, y al que se consulta mediante referéndum. A otro lado está... lo demás. Ya sea la Asamblea, el Senado renovado o los futuros consejos regionales.

Pero De Gaulle duda. (Couve, por su parte, ha dicho que sí). Sabe que, pese al apoyo de miles de votos de izquierda, venidos a veces directamente del P. C., el electorado de sus nuevos diputados es un electorado de derecha, movillado por el miedo y el anticomunismo. Pompidou no ha abierto la boca sobre la «participación». Si sigue en su puesto, puede enterrar la «participación», igual que enterró la «enmienda Wallon». Pero a la inversa, ¿no es peligroso separarse de un hombre que ha movillado a la opinión y que puede contar con muchos diputados?

Hay que «dorar la pildora». Seducido momentáneamente por la idea de tomar distancias, Pompidou duerme varias noches de un tirón y despierta en forma. Comprende el sentido de la batalla. En el



POMPIDOU

Consejo de ministros del 3 de julio, el primero tras las triunfales elecciones, De Gaulle no se descubre. En tanto que en marzo de 1967 Pompidou había sabido inmediatamente a qué atenerse, esta vez De Gaulle le deja en la incertidumbre.

Merece la pena recordar el texto del comunicado de ese Consejo. Fue escrito por De Gaulle, y comienza con estas palabras: «La consulta nacional del 23 y 30 de junio ha mostrado la confianza que el país otorga a las instituciones de la República, en su naturaleza y funcionamiento, así como su decisión de elegir un Parlamento que apoye masivamente la política del jefe del Estado y de su gobierno». Las elecciones legislativas se asimilaban a un referéndum o a un plebiscito; en resumen: quedaban confiscadas en beneficio exclusivo de De Gaulle.

Agobiado bajo las flores

¿Y el gobierno? El ministro de la Información comunicó en aquel momento que, a juicio del general De Gaulle, no había necesidad de cambiar el gobierno («que es lo que es, que trabaja y cumple su función») hasta que la Asamblea no se reúna y constituya su «buró».

Inquieto, ignorando todo sobre su futuro, Pompidou se creyó autorizado a proseguir las consultas para modificar su gobierno. Hasta el viernes 5 de julio, solicitó colaboraciones, ofreció carteras.

El sábado 6 de julio, una llamada telefónica del secretario general del Eliseo le revela que todo se ha consu-

mado: De Gaulle espera su dimisión. Vuelve a ser un simple diputado por Cantal. El lunes siguiente, la noticia es oficiosa; el miércoles, oficial: comienza la era de Couve de Murville. Pero hay que ver claramente en qué condiciones. Pese a las cortinas de humo, las dos cartas publicadas de De Gaulle y de Pompidou son contradictorias.

Para el primer ministro, De Gaulle le ha comunicado su deseo de cambiar de gobierno. En consecuencia, presenta irrevocablemente la dimisión colectiva de sus ministros. Por el contrario, De Gaulle «cree deber acceder a la petición de Georges Pompidou de no ser nombrado nuevamente primer ministro». Entre ambas cartas hay el abismo que separa la verdad del teatro.

De Gaulle no quiere convertir a Pompidou en un mártir. Ya lo había agobiado bajo las flores, como hizo con Salán, con Michel Debré, con muchos otros. Sigue haciéndolo, en la medida en que los diputados de base, muchos electores y la propia opinión media no comprenderían un «licenciamiento», una «desgracia». Sin embargo, no cabe dudar: De Gaulle se ha separado de Pompidou, contra la voluntad de Pompidou, en el momento en que ha creído disponer de los medios de hacerlo, para dirigir el país con otra política. Se había coronado un ciclo de seis años.

Pero, ¿qué quiere De Gaulle? Ha explotado la victoria, primeramente, contra su primer ministro, es decir, contra uno de los artesanos menos contestables del triunfo. ¿Qué más quiere? «Ir de Juana de Arco a Mao Tse-Tung», me ha respondido una alta personalidad gaullista. Pompi-

dou era un obstáculo en este camino. Llegado el momento, De Gaulle lo ha eliminado o, al menos, esquivado. Los grandes «commis» del gobierno Couve de Murville se van a enfrentar con la «descolonización interior», con la «tercera vía entre el capitalismo y el comunismo» con que sigue soñando De Gaulle.

El golfista y el petanquista

Por una vez, no se podrá decir que ha trapeado o camuflado sus intenciones. Sus discursos públicos, sus declaraciones ante la TV son claros, al menos en cuanto a las intenciones. La alta burguesía francesa no podrá decir, como los «pieds-noirs», que la han engañado. Es cierto que la presencia de Georges Pompidou invitaba a pensar que se trataba de «cláusulas de estilo». Todo indica actualmente que no hay nada de eso, y que no son puras quimeras ciertas decisiones «revolucionarias» sometidas al pueblo mediante referéndum.

Tras la explosión de mayo, Francia puede conocer un verano no menos explosivo en el árido terreno de los proyectos de ley. Es posible que las conversaciones de De Gaulle con su ministro André Malraux acerca de las experiencias soviética y china hayan dado extraños frutos. Al menos por el momento, De Gaulle no se hace ya ilusiones sobre sus posibilidades para volver a jugar un gran papel en política exterior. Por el contrario, considera que, por vez primera, dispone de medios para transformar Francia.

Más aún. Parece creer que el peso de Francia en el mundo pasa, como en 1789, por la capacidad que tenga Francia para ofrecer «soluciones ejemplares» a Europa y al mundo. Al final de sus meditaciones se hallan la reconciliación del hombre y de la sociedad de consumo, del alma y de la civilización mecánica, de la libertad y de la coacción de las sociedades industriales. Si de un lado está el entusiasmo de varias decenas de gaullistas de izquierda, que hubieran podido adherirse al P. S. U. (Partido Socialista Unificado), de otro hay la reserva de gaullistas que conocen su interés electoral y el feroz conservadurismo de sus mandatarios.

En este terreno es donde se va a producir el enfrentamiento entre Maurice Couve de Murville y Georges Pompidou. Paradójicamente, el aristocrático jugador de golf va a volcarse sobre la «participación», sobre las autonomías regionales, en tanto que el bonachón aficionado a la petanca ha gritado ya: «¡Desastre!». Respecto a la Bolsa, como a los capitales flotantes, la situación del equipo de Couve de Murville no es mucho mejor, quizá peor, que la del gobierno laborista de Harold Wilson, el primer ministro inglés.

De Gaulle se arriesga conscientemente. Finalmente, ha creído que puede arriesgarse. Comienza una verdadera «aventura». Couve de Murville está atrapado entre las «barricadas» del Barrio Latino y las «bastillas» del conservadurismo. Por desgracia, en Francia las segundas siempre han sido mucho más difíciles de tomar que las primeras... ■ CLAUDE KRIEFF.